

AGONIA Y MUERTE DE LA SEGUNDA REPUBLICA EN EL PUERTO DE ALICANTE

SALIDO difícilmente de Madrid a mediodía del 28 de marzo, cuando el enemigo está dentro de la ciudad, llego a Alicante, en la mañana del 29, en una larga caravana integrada por varios miles de personas procedentes de los frentes en descomposición y de las ciudades y pueblos de lo que durante toda la guerra ha sido zona republicana. En el puerto alicantino sufrimos la más amarga de las desilusiones. El "Marítima", que debía esperarnos para embarcar, ha zarpado casi vacío cuatro horas antes. Cabe la posibilidad —la probabilidad, mejor— de que sea el último barco y no tengamos salvación posible, acorralados contra el mar por las divisiones adversarias, que ya avanzan sin encontrar resistencia. Tan duro es el golpe, que me encojo escéptico de hombros cuando un amigo, que ha llegado antes, nos apremia para que inscribamos nuestros nombres en unas listas de evacuación que se están confeccionando apresuradamente.

—No son listas, sino barcos lo que necesitamos. Si los barcos no vienen...

—Todavía pueden llegar. En cualquier caso...

Nada está perdido mientras no

en muros y techumbres; en el suelo, enormes embudos causados por las bombas, rellenos de prisa y de cualquier manera; de varias de las grúas no quedan más que montones uniformes de hierros retorcidos; aparte del barco cuyos mástiles sobresalen de las aguas de la dársena interior, hay otras varias embarcaciones de menor tonelaje hundidas. Aquí y allá, apilados en forma desordenada, distinguimos grandes montones de sacos; algunos están rotos, reventados sin duda por el peso de los colocados encima, derramando las lentejas que contenían. Debe ser parte de la carga traída por algún buque en los últimos días, que no ha habido tiempo de retirar de los muelles.

El contiguo paseo de los Mártires ofrece un aspecto impresionante y dramático. Faltan muchas de las palmeras que en toda época son su mejor ornato. De algunas sólo queda una parte del tronco; otras, arrancadas de cuajo por la onda explosiva, muestran sus raíces al aire. Varios de los edificios que hacen frente a las aguas del puerto están convertidos en escombros; otros han sufrido enormes desperfectos y ninguno conserva intactos sus cristales. Con todo, la más penosa impresión que

se ha perdido todo, empezando por la vida. La gente reacciona con presteza, porque los desastres de los últimos meses nos han curtido y la moral de los supervivientes supera todo lo imaginable. Aunque nadie se hace ilusiones excesivas, la simple noticia de la constitución de una Junta, integrada por representantes de todos los partidos y organizaciones, y sus primeros contactos con la Comisión Internacional de Ayuda y los cónsules alicantinos permiten acariciar una remota esperanza.

Una ciudad fantasmal

Sólo ahora, cuando, superada la desilusión inicial, abandonamos los muelles a pie y despacio, advertimos por doquier las huellas inequívocas dejadas por los frecuentes bombardeos. Tinglados y almacenes del puerto aparecen medio destruidos, con grandes boquetes

nos causan es la sensación de estar todas las casas totalmente deshabitadas, como si los alicantinos, durante los años de guerra, se hubiesen alejado todo lo posible del mar, por donde podía llegarles —y en tantas ocasiones les llegaron— bombas, obuses y muerte.

Con marcado escepticismo inscribimos nuestros nombres en las correspondientes listas de embarque y conversamos luego con algunos miembros de los diversos comités locales, regionales o nacionales, que nos cuentan lo que todavía no sabemos. Parece ser que en el tiempo transcurrido desde su llegada a Alicante —dos o tres horas en el mejor de los casos—, los militantes más significados de los diferentes partidos y organizaciones han trabajado de prisa y bien. Llegados a las seis y media o las siete de la mañana, se encontraron con el puerto vacío y la ciudad abandonada. No había



El cartel de propaganda advierte a los valencianos de la proximidad de las tropas de Franco. La fotografía corresponde a enero de 1938.

más que un destacamento militar en el castillo de Santa Bárbara y algunos grupos de guardias y carabinieri faltos de jefes y sin saber a qué atenerse.

Constituyen en el acto una especie de Junta, integrada por representantes de todas las organizaciones, que ha de cumplir con urgencia una triple misión: encuadrar, controlar y dirigir a los militantes de cada tendencia, formando con sus nombres las correspondientes listas de embarque; atender a las funciones de vigilancia y defensa de la población con las fuerzas militares de que se pudiera disponer y establecer contacto telefónico con el Consejo Nacional de Defensa, que continúa en Valencia, y con los elementos de la Comisión Internacional, que se han trasladado a Alicante —especialmente con el diputado francés Charles Tillon— para conocer con exactitud las posibilidades reales y efectivas de evacuación.

—Aunque todo fue improvisado, porque nadie había pensado siquiera en la situación que nos encontramos al llegar, luego de la marcha del "Marítima", las cosas van mejor de lo esperado y las perspectivas, sin tener nada de agradables, no son totalmente desesperadas.

No tenemos nada que hacer hasta que lleguen los barcos pro-

metidos y anunciados. Deambulamos por las calles de la parte baja de la ciudad, saludando a conocidos y amigos que a veces llevamos años enteros sin ver. Las carreteras de Valencia, Albacete y Murcia vuelcan sobre Alicante una ininterrompida oleada de fugitivos. Todos vienen con idéntica esperanza y a todos inquieta y desazona ver el puerto sin la sombra de un barco. Más numerosos aún que los soldados que llegan directamente desde los frentes abandonados, son los campesinos. Vienen en camiones y coches abarrotados de maletas, baúles e incluso aperos. Algunos parecen haberse traído no sólo la familia entera, sino incluso los perros y los animales de labor.

Con toda su animación forastera, Alicante sigue dándome la impresión de una ciudad fantasmal, como una de aquellas "ghost town" del Oeste americano, abandonada precipitadamente por sus moradores apenas agotado el filón que le dio vida. A veces tengo la sensación de que somos nosotros los únicos seres vivos en ella. Por lo menos en la parte más cercana al puerto.

Van transcurriendo las horas; los miembros del Consejo Nacional, salidos ya de Valencia, no llegan, y cabe ponerse en lo peor. En cambio, las noticias respecto a los barcos de evacuación son alentadoras.



Los miembros de la Junta, que se constituyó espontáneamente, se comunicaban por teléfono con los destacamentos militares apostados en las afueras de la ciudad y en el castillo de Santa Bárbara, que domina la ciudad.

La Comisión Internacional afirma que están ya cerca de la costa y que entrarán en el puerto apenas oscurezca. Lo mismo aseguran desde el castillo, de donde baja Burillo para comunicar que por radio han establecido contacto con los dos buques.

—Uno podrá estar aquí a las nueve o las diez; el otro llegará de madrugada.

Al atardecer ya, cuando muchos han marchado al puerto para esperar los barcos, se presenta en Alicante David Antona. Nombrado hace meses gobernador civil de Ciudad Real, ha permanecido en su puesto hasta mediada la mañana.

—Salimos de milagro —reconoce—. La primera noticia de la llegada de los fascistas la tuvimos cuando los moros andaban por las

calles. Todavía no sé cómo no nos atraparon a todos.

Concentrados en el puerto

Varios millares de personas se agolpan en el puerto al anochecer, y constantemente llegan más. Cada uno se va colocando donde le parece, porque no hay lugares acotados ni reservados para nadie. Sin embargo, de una manera instintiva, todos depositan sus bultos o maletas en las inmediaciones de donde han dejado los suyos otros grupos de amigos, paisanos o correligionarios. Como resulta natural, cada uno procura hacerlo cerca de los sitios donde suponen que habrán de atracar los barcos esperados,

para subir a ellos con mayor rapidez y menores trabajos.

Aunque son diversos los muelles, la inmensa mayoría muestran sus preferencias por el más largo y ancho de todos: el que, partiendo de la plaza de Joaquín Costa y dejando a su izquierda la playa del Postiguet, forma por su parte externa el rompeolas que protege las aguas del puerto. Tiene en conjunto una longitud bastante superior al kilómetro y una anchura inicial de cerca de doscientos metros. De su parte derecha arranca otro muelle, que divide el puerto en dos dársenas distintas. En él se alzan distintos edificios y construcciones: Aduanas, Estación Marítima, almacenes y cobertizos.

Dentro del muelle se forma un ancho pasillo que lo recorre en toda su extensión, desde su arranque hasta el faro de la bocana. También se procura dejar libres los lugares en que probablemente atracarán los barcos, uno en la dársena exterior y otro en el interior. Todo el mundo está convencido de que mucho depende del comportamiento de cada uno.

—Bueno, ahora sólo nos queda esperar.

Para entretener la espera hablamos y discutimos sobre el número de los que en la noche del 29 al 30 de marzo aguardamos aplazados en el puerto alicantino. Los más modestos cifran su número en 15.000, abundan los que calculan que seremos 20.000 ó 25.000. Pero más que el número importa, en definitiva, la calidad. Porque allí, en torno nuestro, con nosotros, están quienes hicieron posible la resistencia en la guerra y mantuvieron la moral de todos hasta el último día.

Espera desesperada

—¡Ya viene!... ¡Ya viene!...

Los gritos de anuncio provocan

una enorme conmoción en cuantos esperan. No hace falta decir qué es lo que viene, porque todos sabemos que sólo puede ser uno de los barcos. Muchos corren atropelladamente hacia el lado opuesto del muelle para subirse al muro que hace las veces de rompeolas. Yo consigo encaramarme a fuerza de empujones para otear el horizonte. Pero aunque me esfuerzo por ver, no consigo distinguir nada.

—¡Allá, a la derecha!... ¡Frente a la bocana!

Fuerzo la vista, y al fin me parece ver una masa oscura que se destaca del fondo de las estribaciones del cabo de Santa Pola. Todavía sigo dudando que se trate de un barco, cuando en la masa oscura se encienden unas luces, recibidas en los muelles con explosiones de incontenible entusiasmo.

De repente, cuando sólo debe estar a 500 metros de la bocana, se detiene. Enmudecen las gentes y se abre un silencio expectante entre los millares que aguardamos a lo largo del muro de piedra. Algunos preguntan alarmados:

—¿Qué ocurre?... ¿Qué pasa?...

Tras un minuto de parada, la masa gris del buque entra de nuevo en movimiento. Con asombro sin límites advertimos que, lejos de seguir acercándose, está virando en redondo. Muchos se restriegan incrédulos los ojos mientras un escalofrío les corre a lo largo de la espina dorsal. Al final es necesario rendirse a la evidencia: el buque se está alejando. Un "¡Oh!" de profunda decepción se escapa de todos los labios. Desconcertados, sin acabar de comprender y menos aún de explicarnos lo que vemos, el barco traza un amplio semicírculo en el centro de la bahía para desaparecer pronto de nuestra vista a la altura del cabo Huerta. Oigo murmurar a mi lado:

—¡De aquí no saldremos con vida ninguno!...



Eduardo de Guzmán, en el escenario de la frustrada evacuación, treinta años después. Al fondo, el castillo de Santa Bárbara.

Crónica de los últimos días

En unos minutos, el muelle se ha convertido en un inmenso guirigay de gritos, discusiones y polémicas. Dejándose llevar por los nervios, la gente habla más que escucha y prefiere chillar a razonar serenamente. Pero la reacción de las masas es a veces tan pueril como imprevisible. Bastan dos preguntas para que cambie radicalmente el clima:

—¿Está alguien seguro de que ese buque era el que debía recogerlos? ¿Quién nos dice que no se trate de un buque de guerra fascista?

No lo dice nadie, porque muchos empiezan a pensarlo de pronto. Quizá la respuesta no ofrecería dudas para un marinero o pescador acostumbrado al mar, pero la inmensa mayoría de los que



El general Gambara, que fue embajador de Italia en Madrid, y a cuyo mando estaría posteriormente la división Littorio, que entró en Alicante los últimos días de la guerra.

llenar el puerto son gente de tierra adentro, que fácilmente puede confundir en la oscuridad la silueta de un mercante con la de un cañonero o destructor.

—Yo creo que era el "Canarias"—dice uno.

—Seguro que sí. No podía ser otro.

Es algo disparatado, pero la mayoría lo acepta porque necesita aceptarlo. La presencia de un crucero enemigo en las cercanías del puerto habría sembrado el temor y la alarma unas horas antes; ahora se trueca en un signo esperanzador. En efecto, que el "Canarias" merodee por estas aguas puede significar que no estemos totalmente abandonados, que haya en las cercanías buques de evacuación que entrarán tan pronto como se aleje el barco enemigo de la bocana del puerto.

A las dos de la mañana circula una buena noticia: Los miembros de la Junta acaban de hablar con

los integrantes de la Comisión Internacional de Evacuación, reunidos en el Consulado francés. Aunque no confirmen de una manera terminante lo del "Canarias", lo hacen de una manera indirecta, al informar que un crucero y varios destructores franceses se dirigen a Alicante para que los barcos que han de recogerlos no tropiecen con el menor obstáculo ni a la entrada ni a la salida del puerto.

El optimismo general sube de golpe varios enteros, hasta borrar por completo la sensación desoladora de poco antes. Sirviendo de base a las mejores esperanzas, a las tres nos dicen que antes de una hora llegará un barco. Cada uno de los integrantes de la Junta lo confirma poco después hablando con sus respectivos conreligionarios.

—Parece que ahora va de veras—dicen—. Lo fundamental es que todos conserven la serenidad.

Transcurre la hora, que para quienes llevamos muchas esperanzas tiene la duración de un siglo. En tres o cuatro ocasiones distinguimos luces en el mar y todos aguardamos con impaciencia que se acerquen al puerto, pero en todas pasan de largo. La gente empieza a desesperarse.

—Es el tormento de la esperanza—dice Aselo Plaza a mi lado—, el más refinado que inventó la Inquisición.

Mentalmente le doy la razón. Esta espera interminable, esta constante oscilación entre la ilusión y la desesperanza acaba con los nervios de cualquiera. Al final, pasadas las cuatro y media de la madrugada, los que continúan de pie en lo alto del muro del rompeolas anuncian a gritos la llegada de uno de los buques.

—Viene en línea recta hacia la bocana y no está a más de doscientos metros.

Pese a las decepciones anteriores, todos abrimos de nuevo nuestro pecho a la esperanza. No puedo subir al muro porque hay allí demasiada gente ya. Pero escucho las voces de los que están y van siguiendo la aproximación del mercante. Consigo trepar a lo alto de uno de los montones de sacos y mantenerme allí el tiempo justo para ver las luces de un buque cerca de la bocana. Todo el mundo grita alegre y contento. Pero cinco minutos después se repite lo sucedido con el barco anterior. Este llega mucho más cerca, pero en lugar de entrar, vira en redondo y se aleja, en medio de la consternación general.

—Sería preferible que nos matasen a todos de una vez!...

El frío del amanecer se nos mete en los huesos. El nuevo día no nos trae ninguna nueva esperanza, sino la muerte de las pocas que aún acariciábamos. La resistencia

humana tiene un límite, y la de muchos ha sido superada. Un individuo, enloquecido, trepa a lo alto de una farola y grita con voz potente el más desolador de los mensajes:

—¡Nos matarán a todos, camaradas!... De aquí no saldremos más que muertos... Estamos cogidos en una trampa que...

Está loco, indudablemente. Pero de continuar veinticuatro horas más la misma situación, ¿cuántos de nosotros continuaremos cuerdos?

Los italianos, en Alicante

En la mañana del jueves 30 de marzo, todas las noticias son desoladoras en el puerto. Por gente que ha ido llegando durante la noche y la madrugada, sabemos que el enemigo es dueño ya de Valencia, Cuenca, Jaén, Ciudad Real, Almería y Albacete. Hay incluso quien afirma que está también en Murcia y ha desembarcado en Cartagena. Aunque algunas de

esas informaciones pueden ser prematuras, no tardarán en ser superadas por la realidad. El último reducto republicano es la ciudad en que nos encontramos, y no puede durar mucho. Las divisiones italianas que han entrado en Albacete están motorizadas, como todos sabemos.

—Si quieren, estarán hoy mismo en Alicante.

Ignoramos qué ha sido del coronel Casado y sus acompañantes del Consejo Nacional de Defensa, que a mediodía del miércoles continuaban en Valencia. Sabemos, sí, que salieron de la ciudad en las primeras horas de la tarde, cuando ya la "quinta columna" era dueña de la población, pero no han llegado a Alicante. Los componentes de una caravana que partió después de ellos abandonasen la ciudad del Turia, llegaron al puerto sin encontrar rastros suyos en el camino. Sólo cabe una explicación: que muriesen en el camino.

La preocupación dominante siguen siendo los barcos. La mayoría se muestran francamente

BOMBARDEO DEL PUERTO DE ALICANTE

PARTE OFICIAL DE GUERRA DE LA ZONA CENTRO-SUR, CORRESPONDIENTE AL DIA 25 DE MARZO DE 1939, FACILITADO POR LA SECCION DE INFORMACION DEL ESTADO MAYOR DEL GRUPO DE EJERCITOS

"EJERCITO DE TIERRA: Sin novedades en todos los frentes.

AVIACION: Cinco aparatos Savoia S-81 bombardearon esta mañana el puerto de Alicante, sin causar daños ni víctimas."—Febus.

LA PAZ ESPAÑOLA

DECLARACIONES DEL SEÑOR SANCHEZ REQUENA A UN PERIODISTA SUIZO

Berna 25. El periódico "Band" publica una entrevista concedida a su corresponsal en la España republicana por el subsecretario de la Presidencia del Consejo Nacional de Defensa, señor Sánchez Requena, quien declaró principalmente:

"Entendemos por una paz honrosa, una paz que garantice plenamente la convivencia

En este recorte del "ABC", fechado el 25 de marzo de 1939, se reproduce el parte oficial de guerra en el que se anuncia el bombardeo del puerto alicantino por cinco aviones "Savoia S-81".



VALENCIA Y ALICANTE FUERON AYER OCUPADOS POR EL GLORIOSO EJERCITO ESPAÑOL

LA CANTIDAD DE POBLACIONES Y TERRENO CONQUISTADO ES ASOMBROSA Y LOS PRISIONEROS

HECHOS SE APROXIMAN A CINCUENTA MIL, SIENDO INCALCULABLE EL BOTIN DE GUERRA

PARTE OFICIAL DE GUERRA

DIA 30 DE MARZO DE 1939

Las tropas nacionales llegan a Valencia

SE LES HACE UN RECIBIMIENTO ENTUSIASTA

"El Norte de Castilla", de Valladolid, anuncia en primera plana la ocupación por el Ejército Nacional de las dos capitales levantinas.

pesimistas. Nadie se explica lo sucedido con los buques que anoche se acercaron a la bocana del puerto y dieron media vuelta sin decidirse a entrar. Más que en la presencia del "Canarias", se piensa ahora que los propios capitanes de los barcos no se atrevieron a atracar, temerosos de la reacción de unos millares de personas armadas y desesperadas. Algunos, que creen estar más enterados, sospechan una turbia maniobra de la Mid-Atlantic, compañía propietaria de la mayoría de los buques que han de intervenir en la evacuación.

Aunque la Mid-Atlantic está formada con dinero del Gobierno de la República, los que ahora la dirigen pretenden quedarse con todo y no quieren arriesgar ninguno de los barcos.

La sede de la compañía está en Marsella. Hace diez días, el Consejo de Defensa mandó allí a Trifón Gómez para arreglar el envío de los buques necesarios. Aunque Trifón no encontró las facilidades esperadas, logró superarlas y hacer que los buques salieran hacia Valencia, Alicante, Cartagena y Almería. Pero es posible que anoche se ordenase a los capitanes por radio que dieran media vuelta. Esto por lo menos piensan los socialistas que están en el puerto —Rubiera, Henche, Rodríguez Vega, Zabalza, Antonio Pérez, Gómez Osorio, etcétera—, y casi todos los miembros de la Junta comparten su opinión. Incluso opina lo mismo la Comisión Internacional, con Charles Tillon a la cabeza.

—Siguen insistiendo en que vendrán barcos hoy mismo. Pero, de todas formas...

Consideran que, aparte de sus apremiantes llamadas por radio y teléfono al Gobierno francés para que nos ayude, no sobraría una gestión más directa y personal con la Mid-Atlantic. Como hay una plaza libre en el avión de la Air France de la línea Casablanca-Marsella,

que hará escala en Alicante dentro de una hora, desean que los republicanos del puerto designen a una persona que, en representación de todos, la ocupe y pueda presionar dentro de unas horas en la sede de la Mid-Atlantic. Tras un rápido cambio de impresiones, republicanos, comunistas y confederados deciden que el designado sea un socialista. Como Rubiera, que quiere compartir la suerte de cuantos nos encontramos en el puerto, se niega a ir, lo hace en su lugar Pascual Tomás. A las doce de la mañana, un avión comercial, volando relativamente bajo, cruza sobre Alicante con rumbo al Norte.

—Ahí va nuestra última esperanza —murmuran algunos.

A primera hora de la tarde habrá barcos de verdad. No serán mercantes, sino de guerra, enviados por Inglaterra y Francia. Muchos, yo entre ellos, nos negamos en redondo a creerlo. Uno de los miembros de la Junta, que acaba de hablar con Charles Tillon, emplea un argumento decisivo para convencernos. Hace media hora recibieron noticias de que Casado, Carrillo, Val y otros miembros del Consejo Nacional de Defensa, a los que acompañan un centenar de militares y civiles, entre ellos el general Menéndez y los tenientes coroneles Durán y Ciutat, no han muerto en el camino entre Valencia y Alicante, como temíamos esta mañana.

—Embarcaron anoche en Gandia en un crucero inglés y a estas horas navegan tranquilamente con rumbo a Marsella.

La noticia atenúa ligeramente el profundo escepticismo que domina en el puerto. Seguimos discutiéndola apasionadamente cuando nos llega otra, no sabemos si alentadora o deprimente: El diputado francés y varios de los cónsules acaban de llegar al puerto y están conferenciando en el edificio de la

Aduana con los miembros de la Junta. ¿Para qué? No tardamos en saberlo: Los italianos de la División Littorio están a las puertas de Alicante, pero no quieren entrar por la fuerza, provocando una lucha inútil a estas alturas, en la que, forzadamente, habría centenares de muertos.

—Quieren llegar a un acuerdo con nosotros.

—¿Para que nos entreguemos atados de pies y manos?

—No. Para dejarles entrar sin lucha a cambio de la garantía de que podremos continuar en el puerto sin ser atacados hasta que lleguen los barcos.

Aunque la propuesta me parece increíble, tiene un fundamento serio. Carlos Rubiera y el coronel Burillo salen del puerto acompañando al diputado galo y a los cónsules para celebrar una entrevista con unos oficiales italianos en el Consulado francés. A la media hora vuelven con una propuesta concreta. La respuesta deben dársela cuanto antes a los enviados del general Gambara. De no oponernos a la entrada de la Littorio, el puerto será declarado zona neutral y podremos embarcar con toda tranquilidad esta noche, mañana o cuando sea.

Los italianos hacen su entrada a media tarde. Precedidos de motos y tanquetas, vienen en camiones que desfilan por una parte del paseo de los Mártires, pero sin acercarse demasiado a la entrada del muelle en que nos hallamos. Suben por la Rambla y deben dispersarse por la ciudad. Pronto vemos que algunos andan por el fuerte de Santa Bárbara, que domina el puerto. Algunos que curiosos por la plaza de Dicenta lo hacen en actitud cordial. Los cónsules pueden seguir moviéndose con absoluta libertad. Aparentemente, nosotros también. Ni siquiera cortan las líneas telefóni-

cas entre el interior del puerto y el resto de la población.

—Pero estamos en sus manos, ¿no?

Es la respuesta general al optimismo delirante de unos pocos. Que hayan prometido dejarnos en el puerto el tiempo suficiente para que lleguen los barcos es una cosa, y que lo hagan, otra muy distinta. Quizá sea ésta la única forma de que puedan ser evacuados algunos de los que estamos en los muelles, porque de intentar una resistencia desesperada, seríamos aplastados en pocas horas, al no disponer de aviación, artillería ni tanques; pero algunos lo hubiesen preferido.

—Por lo menos, moriríamos luchando.

Se acentúa la desesperanza hasta límites insoportables. El loco de la farola ha dejado de vociferar. Se cayó o se tiró desde lo alto, y creo que ha muerto. Otros mueren también en las últimas horas de la tarde. El suicidio es una enfermedad terriblemente contagiosa. Al anocheecer se ha convertido en epidemia.

—Vale más terminar de una vez —dicen como explicación los que quieren justificarse ante quienes les rodean.

Otra noche de angustia

Inasequible al desaliento, la Comisión Internacional de Evacuación continúa haciendo desesperadas gestiones para sacarnos de la ratonera en que estamos metidos. Aunque todos sus intentos han resultado baldíos, al anocheecer del 30, cuando ya los italianos han ocupado Alicante, cree que sus trabajos pueden culminar en un éxito sensacional. Por teléfono, primero, y hablando personalmente con algunos miembros de la Junta, anuncian que a las once de la noche hará su entrada en el puerto un crucero francés, cuyo nombre dan, enviado como primer auxilio por el Gobierno de París. Si no ocurre nada desagradable —es decir, si los refugiados no le tomamos por asalto en un intento desesperado por escapar—, vendrán tras él unos buques mercantes que nos sacarán a todos.

—En el crucero sólo podrán embarcar ciento cincuenta personas, que deberán estar preparadas para subir apenas atraque.

A las diez y media de la noche, los 150 seleccionados están con sus equipajes en un punto del muelle cercano al faro de la bocana. A 50 metros de donde esperan se levanta un parapeto con sacos y se pone vigilancia para que los demás no intenten asaltar el crucero apenas atraque, dificultando y quizá imposibilitando la salida de nadie.

Crónica de los últimos días

Empleza entonces una noche más angustiada y dramática aún que la precedente. Hay entre ambas extraordinarias semejanzas. La única diferencia es que han pasado veinticuatro horas, el tiempo se agota para todos, los italianos están dentro de Alicante y la desesperación y la angustia aumentan por segundos.

Durante horas enteras vemos las luces de los barcos que se mueven por la bahía. Alrededor de las doce, tres de ellos parecen decididos a entrar en el puerto. Media hora después, han dado media vuelta para volver a las posiciones que anteriormente ocupaban. A las dos y a las cinco de la madrugada se repite la misma e incomprensible maniobra. En las tres ocasiones, uno o varios barcos se acercan a la bocana, y en los muelles renace la esperanza; en las tres, viran en redondo, y las esperanzas mueren.

De día ya, pasadas las siete de la mañana, los 150 seleccionados que han esperado inútilmente durante ocho horas cerca del faro, vuelven carilacontecidos a los puestos que ocupaban la tarde anterior.

Nadie acierta a comprender lo sucedido con el crucero francés y los otros barcos. Todos han desaparecido ahora de nuestra vista, aunque de tarde en tarde, algunos que disponen de gemelos afirman verlos confusamente en lontananza. Ni siquiera perdemos el tiempo buscando explicaciones. Cansados por varias noches sin dormir, destrozados los nervios por horas interminables de tensión, preferimos no pensar nada.

—La verdad es que ni Dios se acuerda de nosotros, y que nos dejan tirados para que nos muramos de asco.

Continúan los suicidios. En la parte exterior del muelle, dos cadáveres flotan junto al rompeolas. Debieron tirarse al agua al amanecer, sin que nadie se diese cuenta. Un individuo que pasea por el muelle con aparente tranquilidad se pega un tiro en la cabeza y cae sobre una mujer tumbada y dormida, que despierta con un grito de horror. Se produce al poco rato otro hecho más dramático aún: un muchacho se dispara un tiro en el pecho, y la bala, después de atravesar su cuerpo, va a herir mortalmente a un viejo de pelo blanco; los dos se derrumban a un mismo tiempo.

—En dos días más, el fascismo no tendrá nada que hacer, porque nos habremos matado todos.

La gente comienza a mostrar una indiferencia espantable ante la

muerte. En la parte central del muelle, un hombre alto y fornido, que está fumando un puro, se da un profundo tajo en el cuello. Cuando algunos quieren auxiliarle, les rechaza enérgico. Sentado en el suelo, con el puro en los labios, permanece medio minuto, hasta que se derrumba muerto.

—Es el alcalde de Alcira —indica alguien que debe conocerle.

Con total escepticismo, recibimos alrededor de las diez una noticia que anuncia por enésima vez que acuden barcos en nuestro auxilio. La ha traído hasta el puerto el diputado francés que forma con los cónsules la Comisión de Evacuación. Aunque comprende y se explica que no le creamos, insiste en que los buques llegarán hoy. Incluso da una versión de lo sucedido con el crucero. Permanece en los alrededores y anoche intentó entrar en varias ocasiones. Desistió cuando se le advirtió por radio

las para su entrada en el puerto. Vuelven media hora después, acompañados por varios de los cónsules, para reunirse con el resto de nuestros representantes.

—¡Calma y serenidad, camaradas! Todo puede arreglarse aún.

No tardamos en saber en qué consiste el posible arreglo. El general Gambará, con el que han hablado, está dispuesto a dar toda clase de facilidades y no obstaculizar en forma alguna la operación proyectada.

—A todos nos interesa —ha dicho textualmente— que puedan marcharse hoy mismo los que todavía se hallan en el puerto.

Pero la entrada de los barcos que aguardan cerca del puerto, y que podrán llevarse a varios millares de nosotros, tiene una condición *sine qua non*, una exigencia terminante: la entrega de armas. No la imponen los italianos, ni siquiera la Comisión Internacio-

Con armas o sin ellas, en el puerto no tenemos defensa posible. Nada perdemos con entregarlas, en definitiva, porque todo lo tenemos perdido ya desde el punto de vista militar.

Cuando se da la orden, algunos se guardan las pistolas. No es posible hacer lo mismo con los fusiles, pero la mayoría prefieren tirarlos al mar. Pese a todas las resistencias, diversos grupos recorren el puerto provistos de cestas y mantas y van sacando del muelle todas las armas largas.

—Ahora sólo falta que entren los barcos.

—Entrarán, aunque sólo sea para matarnos a todos.

Un triste desenlace

Los barcos entran, en efecto, a primera hora de la tarde del viernes 31 de marzo. Desde que empezó la recogida de armas han aparecido a



En la foto, de 1950, el puerto de Alicante, donde en marzo de 1939 se dieron los últimos gritos de "¡Viva la República!".

que en el puerto había más de 20.000 personas armadas, que había gente dispuesta a tomarle por asalto en cuanto atracase y que su llegada podía desencadenar una verdadera batalla.

—Por mucho que nos duela, forzoso es convenir en que estaba en lo cierto.

Burillo y otros miembros de la Junta han ido hace unos minutos al Consulado francés para conferenciar con la Comisión de Evacuación, y tal vez con los oficiales italianos, acerca de las posibilidades de nuestra salida. Parece que no están totalmente agotadas, aunque los barcos que esperan necesitan contar con ciertas garan-

nal, aunque estén conformes con ella, sino el comandante del crucero francés y los capitanes de los buques mercantes, respaldados firmemente por el Gobierno de París.

—Sin desarme total no llegarán los barcos ni embarcará uno solo de cuantos estamos aquí.

Aunque al plantearse la cuestión algunos la rechazan de plano, por creerla una trampa burda, la aceptación está decidida antes incluso de empezarla a discutir. No sólo porque los enviados de la Junta han dado su conformidad inicial, sino porque no existen, a todos los efectos prácticos, posibilidades de opción. La opinión de los militares consultados no deja lugar a dudas.

nuestra vista en el horizonte lo suficientemente lejos para que no pudiésemos identificarlos. Pero dos horas después de terminado el desarme, se acercan a marcha lenta a la entrada del puerto.

—El que viene delante es un barco de guerra. Los otros deben ser mercantes.

La gente no concede en un principio ninguna importancia a que sean de guerra o mercantes: lo importante es que vengan y que, cumpliendo las promesas que nos han hecho, podamos marchar todos en ellos. Pero cuando el buque que viene en cabeza enfila la bocana del puerto, se produce la última y peor de las decepciones.

—Es un barco de guerra, pero no francés, sino español.

Lo es, en efecto. Se trata del minador "Vulcano", que, reduciendo su velocidad al límite, traspone la entrada del puerto. La cubierta está atestada de soldados vestidos de caqui y en la popa han desplegado una gran bandera bicolor; apuntando hacia el muelle en que nos encontramos vemos emplazadas una serie de ametralladoras. Algunos estallan furiosos entre nosotros:

—¡Traiciones hasta el final!

—¡Todo el mundo nos engaña!...

Mientras el minador evoluciona lentamente dentro de la dársena exterior para ir a atracar a los muelles de la parte opuesta, la gente mira en silencio, con aire estupefacto. Parece como si de repente millares de personas hubiesen perdido la voz para concentrar todos sus sentidos en la mirada. Los soldados que vienen en el minador dejan de cantar para disponerse a desembarcar. El silencio parece hacerse más denso. De pronto lo rompe un grito:

—¡Viva la República!

Muchos ojos se vuelven hacia el faro pequeño que señala la bocana del puerto. Un hombre que ha permanecido en él de servicio permanece desde que llegamos, agita los brazos en la torreta, lanza otro grito, que no llegamos a percibir con claridad, y se lanza de cabeza al vacío. Rebota su cuerpo al chocar contra las piedras del rompeolas para volver a caer de nuevo y quedar ahora definitivamente inmóvil, con el cráneo destrozado.

—¡Ha llegado el final!...

Todavía tarda un par de horas. Las suficientes para que a los soldados que desembarcan se sumen otros que avanzan desde el otro extremo del paseo de los Mártires, emplazando armas automáticas y tomando posiciones en torno al muelle en que nos encontramos. Para entonces ya nos han dicho que el diputado francés está detenido, en unión de alguno de los cónsules, y que les han amenazado con fusilarles; que los italianos han desaparecido por completo y son españoles quienes mandan los soldados que se disponen a entrar en el muelle.

—¡Si no nos entregamos en cinco minutos, empezarán a disparar!...

Disparan, en efecto, cuando transcurren los cinco minutos. No tiran evidentemente a dar, porque las ráfagas de ametralladora silban sobre nuestras cabezas; pero aún así, caen un puñado de muertos y heridos. Cesan luego los disparos y se repite la intimidación, en vista del silencio de quienes estamos en el puerto. Nuevas ráfagas de ametralladora, que hieren a unos cuantos y fuerzan a los demás a tirarse



Entre los republicanos que aguardaban angustiados la llegada de los barcos que debían sacarlos del país circuló insistentemente el rumor de que el crucero "Canarias" merodeaba por aquellas aguas.

al suelo o al agua, demuestran la inutilidad de toda resistencia. Hay muchos dispuestos a morir, pero no podemos sacrificar a las mujeres y los chicos que hay entre nosotros.

A las seis de la tarde empieza la salida del puerto. En la plaza de Joaquín Dicenta esperan numerosos soldados, que forman en dos filas para encaminar hacia un campo cercano a los que abandonan los muelles. Durante cuatro horas interminables va despoblándose el puerto. Son horas de máxima desesperanza. De vez en cuando llegan a nuestros oídos disparos sueltos o ráfagas de ametralladora. Algunos de los que salen del puerto tratan de fugarse. Otros mueren antes de que tal cosa se les pase siquiera por la imaginación. Al final, pasadas las diez de la noche, deciden suspender la salida de los que aún quedamos en el muelle hasta la mañana siguiente.

La última noche

Debemos ser entre 1.500 y 2.000 los que pasamos la noche del 31 de marzo en los muelles de Alicante. Aunque estemos acorralados entre el mar, donde vigilan los barcos enemigos, y los soldados que guardan la entrada del puerto, quedamos en relativa libertad. Podemos movernos y hablar sin recatar nuestro pensamiento, diciendo lo que pensamos, cosa que no podremos hacer en mucho tiempo en lo sucesivo.

Encendemos hogueras para combatir el frío de la noche y más aún el frío de nuestra irremediable derrota. Pese a que llevamos muchas horas sin dormir, a nadie le apetece cerrar ahora los ojos. Nos sobrará tiempo de hacerlo muy pronto, cuando todos estemos muertos. Preferimos pasar estas

horas postreras de aparente, limitada y fugaz libertad para charlar a nuestras anchas, discutiendo no sólo lo sucedido en las últimas jornadas, sino las causas de la derrota.

Cuando empieza a amanecer, la suerte de cada uno se plantea de lleno como cuestión fundamental. Máximo Franco y Evaristo Viñuelas, comandante de Brigada en la 28 División el primero y comisario el segundo, luchadores ambos en los frentes desde el comienzo mismo de la guerra, exponen su pensamiento con entera crudeza:

—Nos mataremos antes de salir —dicen— ¿Qué pensáis hacer vosotros?

—Yo me mataré también —sostiene un viejo campesino andaluz—. Me prometí a mí mismo no caer vivo en manos del fascismo y cumpliré mi palabra.

—Yo no —afirma Manuel Amil—. Si me quieren muerto, tendrán que matarme.

Se generaliza la discusión, y pronto se marcan dos tendencias: partidarios y contrarios al suicidio inmediato. Todos partimos de nuestra situación sin hacernos engañosas ilusiones. Es tan lóbrega la suerte que nos espera, que la muerte puede ser, es en la mayoría de los casos, una liberación.

Hay bastantes opuestos al suicidio, por diversas causas. Los militares profesionales, por ejemplo, entienden que su obligación es responder de su actuación durante toda la guerra. Han servido al Gobierno legalmente establecido en su opinión y no han cometido, por tanto, delitos de ninguna clase. Viejos luchadores proletarios entienden que deben vivir lo más posible para servir de lección y ejemplo a otros compañeros menos formados, ayudándoles a

resistir los sufrimientos y afrontar con entereza la muerte. Algunos líderes políticos consideran que el tiempo que estén en campos y cárceles antes de ser fusilados será testimonio a los ojos de muchos de que quienes ocuparon cargos más o menos elevados han permanecido en sus puestos hasta el último segundo, sin abandonar, ni menos aún traicionar, a quienes confiaron en ellos.

—Todo eso está bien —dice Máximo Franco—. Pero el mejor ejemplo que podemos dar a los demás es no doblegarnos ante el enemigo ni sufrir con resignación injurias y torturas. El hombre sólo es verdaderamente libre cuando por la libertad propia y la de los otros sacrifica sin vacilaciones su existencia.

Es ya día claro y un sol brillante inicia su recorrido por un cielo sin nubes. La noche ha quedado atrás, pero las tinieblas empiezan para nosotros. Va a concluir la evacuación de los muelles. Vemos allá lejos que los soldados forman, como la noche anterior, dos filas paralelas, dejando en medio un ancho pasillo por donde hemos de pasar. Inician la salida quienes se encuentran más cerca de la plaza.

—¡Ha llegado el momento, compañeros!

Oímos unos tiros detrás de uno de los almacenes, y nos estremecemos sabiendo lo que significa. A unos pasos de nosotros, Máximo Franco y Evaristo Viñuelas, comandante de la 127 Brigada y comisario en la 28 División, respectivamente, se estrechan con fuerza la mano izquierda mientras levantan las pistolas que sostienen con la derecha a la altura de la sien.

—¡Nuestra última protesta contra el fascismo!...

Suenan a un tiempo los dos disparos. Un instante permanecen ambos en pie. Luego se hunden verticalmente, como si les hubieran fallado simultáneamente huesos y músculos. Quedan tendidos, inmóviles, con los ojos abiertos mirando sin ver, con las pistolas humeantes al lado y unidas las manos izquierdas.

Un momento los contemplamos en silencio. Luego echamos a andar hacia la salida. Camino de una manera maquinal, sin mirar dónde piso. Al fondo distingo a los soldados que nos aguardan. Pienso en las ilusiones desvanecidas, en el largo camino recorrido. Alguien murmura a mi lado:

—¡Pronto enviaremos a los muertos!

Asiento sin palabras, porque ya he comenzado a enviarlos.

Son las ocho de la mañana del 1 de abril de 1939. La guerra ha terminado. La República ha muerto. ¿Cuánto viviremos nosotros?

■ E. DE G.